



HOGARES DON BOSCO

FORMACIÓN CRISTIANA

ETAPA III

8. LA CASA, LUGAR DEL AMOR FRATERO

**VII Congreso Internacional de María Auxiliadora
(Agosto 2015)**

Don Roberto Carelli

8. La casa, lugar del amor fraterno

Don Roberto Carelli

ORACIÓN

El matrimonio que nos acoge en su casa prepara una oración

La fraternidad es una consecuencia esencial del amor familiar y eclesial; es al mismo tiempo el **fruto de la fecundidad natural**, porque los hermanos y hermanas nacen del amor de los esposos; y es **fruto de la fecundidad sobrenatural**, porque con su Encarnación y Pasión, el Hijo de Dios se ha hecho nuestro hermano, y nos ha hecho a todos hermanos y hermanas unidos en el amor del único Padre. La fraternidad es tan central en el léxico cristiano, que amor cristiano y amor fraterno tienden a identificarse.

Entre los cristianos es tan obvio llamarse hermanos y hermanas en el Señor, particularmente entre consagrados y consagradas, que se corre el riesgo de banalizar los términos. Efectivamente, como observa el Papa Francisco, hermano y hermana son al mismo tiempo “palabras que el cristianismo emplean mucho” y “palabras que todas las culturas y todas las épocas entienden”. Por eso es necesario reconocer que **la fraternidad en la fe y el ideal de la fraternidad universal son don de Dios, no de naturaleza**: son fruto de la Pascua de Jesús, no obra de las manos del hombre. Allí donde se atenúa la percepción del don de Dios, el ideal de la fraternidad cede el paso al principio étnico, al nacionalismo, al egoísmo familiar. Y así, en vez de liberar los significados elementales de la hospitalidad y de la igualdad, genera los significados opuestos: exaspera las diferencias, suscita desconfianzas, extranjerismo, enemistades y conflictos.

Instructiva es la parábola de la cultura moderna, en la que el ideal de la fraternidad basado en el dato racional de la común humanidad en lugar del dato de fe de la paternidad de Dios, ha engendrado los monstruos de la cultura individualista, de las políticas nacionalistas y de las ideologías racistas, para desembocar finalmente en la filantropía del '68 o en el globalismo actual. No hay escapatoria: **¡La fraternidad se fundamenta en la familia de Dios, no en otra cosa!** ¡Es fruto de la generación y de la redención, no de una institución o de una convención! ¡Está escrita en la carne y en la sangre de los padres, y ha sido rescatada por la carne y la sangre de Cristo! **No puede confundirse la “fraternidad” cristiana con la “fraternidad” iluminista**: la primera es concreta, la otra es una abstracción, la una lleva a la vida, la otra va sembrando muerte. Como dice el Papa Francisco, “quizá no somos siempre conscientes, pero es precisamente la familia la que introduce la fraternidad en el mundo”, y es desde allí “¡desde donde se irradia por toda la sociedad!” Un vago humanismo, basado en el sentimiento de la común naturaleza humana, resulta incompleto e imperfecto, incapaz de corregir esa tendencia egoísta presente en el corazón del hombre. Por esto, – continúa el Papa – “también la libertad y la igualdad, sin la fraternidad, pueden llenarse de individualismo y de conformismo”.

La Escritura conoce muy bien **la belleza y el drama de la fraternidad**. De Caín a Abel, de Jacob a Esaú, o de José y sus hermanos, a las parábolas de Jesús (la de los dos hijos y el Padre misericordioso) la Escritura pone de manifiesto, en diversas ocasiones, el perfil ambivalente de la fraternidad: es, una experiencia constructiva y al mismo tiempo embarazosa, genera libertad pero también la amenaza, capacita para elegir pero no es objeto de elección, es tener el mismo origen pero destinos diversos, es experiencia de unicidad pero marcada por la confrontación, es **tensión continua entre afecto y envidia**, reivindicación del propio puesto y capacidad de hacer un sitio. Por eso la Escritura puede exclamar “vez que dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos” (*Sal 132,1*), pero también se pregunta, “¿por qué entonces, nos traicionamos unos a otros, profanando la alianza de nuestros padres?” (*Mal 2,10*).

Profundicemos en la dialéctica de la fraternidad con cuatro observaciones:

- **Los lazos menos arbitrarios son los más duraderos**. Al igual que los padres, *los hermanos no se eligen, se encuentran*. Pero al contrario de las de los padres, *son relaciones más duraderas*: se dan mucho antes de ser

esposos y sobreviven a la muerte de los padres. Por ello es una relación que *produce seguridad y al mismo tiempo embarazo*. Produce una alianza tanto más fuerte cuanto menos escrita, pero corre el riesgo de ser soportada más que querida. Es fuente de seguridad, pero exige acogida y paciencia en aceptar y reconocer que el otro es como yo, pero distinto, que nos unen muchas cosas, pero que otras nos diferencian.

- **Lazos de sangre y lazos de fe.** En términos generales *la fraternidad es una relación entre iguales, es hacer lugar a los propios semejantes*: se aprende en familia y se extiende a todo el mundo. Se origina una tensión entre *consanguinidad y común humanidad*: por una parte los lazos de sangre son más inmediatos y vinculantes – con el riesgo de ser poco libres– mientras que los lazos de fe son más discretos y libres –con el riesgo de ser un poco anónimos; por otra parte los lazos de fe son más determinantes y profundos que los lazos de sangre, a menos que los de sangre sean también lazos de fe. Entre hermanos naturales, es por eso importante que el lazo no se vuelva sensiblero, exclusivo, cómplice, mientras que entre los hermanos en Cristo es importante tener a Dios en el centro, remitirse continuamente a los motivos de fe que nos mantienen unidos.
1. La experiencia familiar madurada en el curso de la historia y en la variedad de culturas conoce muy bien la *dialéctica fraterna entre complicidad y rivalidad*, afecto incondicionado y litigio crónico. Esta puede surgir por mil motivos: los derechos de primogenitura, la rivalidad por el reconocimiento, las preferencias paternas, los celos y envidias que generan resentimiento y llegan hasta el homicidio. La llegada de un hermano o hermana representa siempre un acontecimiento crítico: *el dilema es si hay un espacio o si puede hacerse un sitio a otros*, si el deseo de ser único a los ojos de los padres puede ser al mismo tiempo exclusivo o inclusivo. Por una parte se crece a la sombra de los hermanos y por otra, se teme que los hermanos nos hagan sombra.
 2. Hay que tener en cuenta que los lazos fraternos. En cuanto forma de proximidad horizontal, exigen muchas atenciones. La relación es fácil, pero es frecuentemente expeditivo. Entre hermanos y hermanas se debe, pues, *conjuguar inmediatez y respeto, amarse y tratarse bien*. Las discordias entre hermanos son terribles, y si son graves, difícilmente curables: al tratarse de una alianza no escrita e inviolable, espontánea y al mismo tiempo obligatoria, los hermanos y hermanas están más dispuestos a defenderse y más expuestos a maltratarse, y las ofensas entre hermanos y hermanas, interrumpiendo la natural obvedad de los lazos, acaban por aumentar el resentimiento y hacer más difícil el perdón.

La Palabra de Dios sobre el amor fraterno es muy clara; la belleza de ser hermanos y hermanas está marcada por dos grandes dificultades de la relación fraterna: **gestionar la rivalidad con el otro e integrar la novedad del otro**. La Biblia expone que el “justo”, en general y Jesús en particular, viven más dolorosamente los dos riesgos principales de la relación fraterna: la envidia y la presunción. La primera toma la forma de un “no poder ver” debido a la confrontación continua: “Acechemos al justo, que nos resulta fastidioso: se opone a nuestro modo de actuar, nos reprocha las faltas contra la ley y nos reprende contra la educación recibida” (Sab 2); la segunda toma la forma de “presumir que ve”, por el hecho de conocernos bien: “pero este sabemos de dónde viene, mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene”. Entonces Jesús, mientras enseñaba en el templo, gritó: “A mí me conocéis, y conocéis de dónde vengo. Sin embargo, yo no vengo por mi cuenta, sino que el Verdadero es el que me envía; a ese vosotros no lo conocéis; yo lo conozco porque procedo de Él y Él me ha enviado”. Entonces intentaban arrestarlo” (Jn 7).

De esto puede originarse un buen examen de conciencia sobre nuestras relaciones fraternas en familia, en comunidad, en la asociación.

PARA EL DIÁLOGO

1. Cuando el hermano es mejor que yo, es un modelo y un reproche vivo. ¿Cómo lucho contra la envidia y cómo crezco en humildad? ¿Me inspiro en sus virtudes y me dejo corregir por ellas? ¿Intento evitarle y evito juzgarle?
2. Los hermanos creen conocerse bien y se corre el riesgo de no llegar a conocerse. ¿Sé aceptar la diversidad del otro, con sus virtudes y sus defectos? ¿Sé aceptarle sin juzgarle? ¿Sé reconocer, apreciar y valorar los dones de Dios en el hermano, o paso de ellos y le mortifico?
3. Ante las ofensas e incomprendiones, ¿cómo logro superar el disgusto y la amargura, la rabia y el resentimiento? ¿Sé vencer las tentaciones del retraimiento y de la rebelión, de las relaciones congeladas y formales, del desánimo y el

cinismo? ¿Sé recomponer las relaciones fraternas dando el primer paso para dar explicaciones y pedir /ofrecer perdón?

Señor Jesús, enséñanos a amarnos como tú nos has amado, enséñanos a ***“amarnos los unos a los otros con amor fraterno, estimando a los otros más que uno mismo”*** (Rom 12,10), a “tener todos el mismo sentir, ser solidarios en el sufrimiento. Quereos como hermanos, tener un corazón compasivo y ser humildes” (1Pt 3,8).